

CAPITULO XLVII.

Levantamiento de los vascones.—Rebelion de Hilderico en las Galias, é inieua traicion de Paulo.—Sujeta Wamba á unos y otros.

Los indomables vascones, que saludaban el advenimiento de cada monarca godo al trono con una sublevacion, como protestando contra su autoridad, no se descuidaron al tener lugar la eleccion de Wamba, y se rebelaron con mayor ímpetu y energia, si cabe, que las veces anteriores.

Inmediatamente marchó este contra ellos con un poderoso ejército; mas, al hallarse ya cerca del país que ocupaban, recibió la noticia de que el conde de Nimes, Hilderico, habiase sublevado igualmente, deponiendo al obispo, para poner en su lugar á uno de sus adeptos.

Perplejo se quedó el Monarca godo en vista de este nuevo conflicto; pero, temeroso de que la rebelion se propagase por la Septimania, segregó de sus tropas un cuerpo considerable para sujetar á Hilderico, confiando en mal hora el mando de él á Paulo.

Y decimos en mal hora, porque el ambicioso y desleal godo, apenas se vió á una distancia considerable de su legítimo rey, solo pensó en abusar de la confianza de este, arrebatándole el cetro.

A este efecto dirigióse á Tarragona, cuyo duque Ranosindo consintió en secundar sus planes, bajo ciertas y determinadas condiciones, y para realizarlos marcharon juntos á Narbona, cuyo obispo, conoecedor de ellos, no tuvo tiempo de cerrarles las puertas.

En dicha ciudad convocó Paulo á los oficiales del ejército, y á los nobles y grandes, exponiéndoles en un artificioso discurso las razones por que juzgaba que Wamba no podia remediar los males que aquejaban á la nacion, reducidas á recordar su oposicion á empuñar el cetro, y á calumniarle suponiéndole falto de valor y energia á causa de su avanzada edad.

Terminó su peroracion suplicando á los presentes que encomendaran á mejores manos la corona gótica, á lo cual, segun de antemano estaba convenido, contestó Ranosindo: «¿Quién mejor para este cargo que el que ha empleado un lenguaje tan firme y modesto? cuyas palabras fueron aplaudidas por el populacho y por algunos nobles vendidos á su partido, quedando, sin mas, proclamado rey Paulo.»

Para hacer mas completa la ceremonia colocó Ranosindo sobre la cabeza de este la corona que Recaredo regaló á la imagen de san Félix, y de la que él se habia apoderado á su paso por Gerona.

«No presumia, como dice agudamente Lafuente, que «la corona del mártir san Félix habia de ser corona de mártir para el rey Paulo!»

Llevando este al extremo su cinismo y descaro, atrevióse á escribir á Wamba la siguiente carta, que algunos consideran apócrifa, pero que nosotros juzgamos verdadera, á causa de la conformidad que existe entre su estilo y lo que de su carácter refieren las crónicas.

Carta de Paulo al péfido rey Wamba.

«En nombre del Señor:

«Hilario Paulo supremo rey de Oriente á Wamba, rey del Mediodía.

«Dime, guerrero, dime, señor de las selvas y amigo de las peñas, si ya has penetrado por los fragosos é inhabitables montes; si ya como el fuerte leon rompiste con el pecho las malezas y troncos de las selvas; si ya has vencido al venado en la carrera y en el salto al ciervo; si ya has domado y destruido á los jabaltes y á los voraces osos; si ya has vomitado el veneno de las serpientes y de las víboras. Y si están realizadas ya todas estas cosas y te agrada venir á nuestro encuentro, recreáanos con tu voz, parlero ¡ilguerrillo. Y por tanto, ¡oh varon magnífico! conforta tu corazon y descende hasta estas concavidades, donde encontrarás al gran regenerador con quien puedes pelear sin desmerecerte.»

Wamba, aunque sorprendido con esta nueva desgracia, no se desanimó, antes bien, acreciendo su ardimiento y sabiendo comunicárselo á sus tropas, marchó primero contra los vascones, de acuerdo con gran parte de los generales, sometiéndolos tan solo en siete dias, y les castigó con la imposicion de tributos.

Inmediatamente, y antes de partir á las Galias, se dirigió hácia la parte de la provincia Tarraconense que habia favorecido á Paulo, con el objeto de volverla á reducir á sus deberes.

Apoderóse de algunas poblaciones, entre ellas Barcelona y Gerona, ocurriendo en esta última una particularidad digna de ser contada, y que prueba hasta donde llegaba la necesidad y la presuncion de Paulo.

Al aproximarse Wamba á esta ciudad, vió con sorpresa salir á recibirle al obispo, que le presentó una carta que habia recibido de aquel, en la que le aseguraba que la expedicion que el Monarca estaba verificando no se llevaria jamás á cabo, y que en prueba de ello le autorizaba para que le abriera las puertas de la ciudad, si llegaba antes que él.

De esta manera allanó él mismo el camino para que le persiguiera su adversario.

Este, una vez conseguido su objeto en la Península, preparóse á traspasar los Pirineos, para lo cual dividió su ejército en tres cuerpos, uno que se dirigió por la costa al Rosellon, otro que marchó por Puigcerdá (*Castrum Libye*); y el tercero, cuyo mando tomó el mismo Wamba, dirigióse á la parte mas céntrica.

Los tres se apoderaron de cuantas plazas hallaron al paso tras una resistencia mas ó menos viva, pero siempre corta; entre ellas debemos mencionar el célebre fuerte de *Clausura*, que defendia el puerto que hoy se llama *Puerto de Clusas*, donde hizo prisionero á Ranosindo y al gárdingo Hildigiso, otro de los principales rebeldes.

A esta conquista siguieron las de Caucoliberes, Vulturaria y la misma *Castrum Libye*, tomando poco despues tambien á Sordonia, abandonada por su gobernador Vitimiro, que marchó apresuradamente á Narbona á dar cuenta á Paulo de lo sucedido.

Una vez al otro lado de los Pirineos, puso sus reales Wamba en las llanuras del Rosellon para esperar á los otros cuerpos, que se habian retrasado.

Tardaron estos cerca de cuarenta horas en llegar, y aun les concedió el Rey toda la noche para descansar, que harto lo habian de menester, dirigiéndose al amanecer del siguiente dia hácia Narbona.

Creian las tropas encontrar en dicho punto á Paulo, y acosábalas el deseo de darle el merecido castigo; pero él, al saber por Vitimiro la triunfante marcha del Monarca legítimo, juzgó oportuno retirarse á Nimes, dejando encargada la defensa de la ciudad al mismo ex-gobernador de Sordonia.

Apenas llegado Wamba frente á Narbona, intimó á Vitimiro la rendicion; negóse este, y sin mas preparativos empezó el asalto.

Durante tres horas estuvieron las fuerzas equilibradas; mas al fin empezaron á flaquear los rebeldes, lo cual, aumentando el esfuerzo de las tropas leales, las dió en pocos momentos la posesion de la ciudad y la prision de Vitimiro y otros varios.

Tras esta victoria Agda, Magalona y Beziers abrieron sus puertas al Monarca legítimo.

Inmediatamente envió este un cuerpo de ejército para apoderarse de Nimes, quedándose él á algunas leguas de esta ciudad para prevenir cualquier tentativa por parte de los francos, y tambien para enviar refuerzos en caso de necesidad.

Util fue su prevision, pues, si bien no se realizó la invasion de francos que se temia, llegadas ante los muros de Nimes las tropas enviadas para apoderarse de ella, y dada la señal de ataque, fueron rechazadas, á causa de su escaso número; y quién sabe lo que hubiera podido acontecer á no verse reforzadas con diez mil hombres á las pocas horas.

Con el auxilio de estos dieron de nuevo el ataque, y aunque fue porfiada y larga la resistencia, lograron al fin, dando fuego á las puertas, penetrar en la ciudad introduciendo gran confusion entre sus defensores.

Viendo perdidos los baluartes, encerróse Paulo con sus partidarios mas valientes ó mas comprometidos en el anfiteatro, que tenia grandes condiciones de resistencia, y se dispusieron á vender caras sus vidas.

«Paulo tenia á su lado, dice un historiador, gran número de sus compañeros; pero á pesar de sus dos torres y de su fuerte construccion, el anfiteatro no podia servirles de asilo durante mucho tiempo. Además carecian de víveres, y habiéndose gran parte de los habitantes declarado contra ellos, no les era fácil procurárselos. En tan crudo trance deliberaron acerca de lo que debian hacer, y resolvieron que lo mas seguro era implorar el perdon del Rey. Los vencedores en tanto se entregaban al descanso con intento de aguardar al Monarca, para que se le atribuyese la gloria de poner fin á la guerra, y además pretendian alcanzar perdon para los culpados, «que es cosa natural, dice Mariana, tener compasion de los caídos, principalmente cuando son deudos de una misma nacion,» como eran los vencidos en gran parte. El obispo de Narbona, Argebaldo, fue elegido entre los cautivos, y comisionado por todos para salir al encuentro del Rey. Partió en efecto revestido de sus hábitos episcopales y acompañado de una reducida escolta, y encontró á Wamba á unas cuatro leguas de Nimes, poco despues de haber salido de su campamento para dirigirse á la ciudad conquistada, rodeado de sus capitanes cubiertos de ricas armaduras. El Rey montaba á caballo, y al verle Argebaldo se apeó del suyo, se dirigió á él, le saludó, é hincóse de rodillas, despidiendo en abundancia de sus ojos y su pecho lágrimas y sollozos. Wamba le mandó levantarse, y Argebaldo le explicó entonces el objeto de su mision. Conmovido con sus palabras, el Rey perdonó la vida á todos los culpables; pero como el Obispo insistiese para obtener gracia cumplida, Wamba le interrumpió con enojo, diciendo: «No te toca imponerme leyes, ¿no es bastante haberte hecho gracia de la vida? A ti solo concedo perdon cumplido, añadió; para los demás nada prometo.» En seguida envió á Nimes algunos caballeros para que hicieran cesar los atropellos y las violencias de cualquier parte que procedieran, y pregonaran su próxima llegada, y transcurridas pocas horas, la polvareda que los caballos levantaban anunció la presencia de Wamba y de sus godos.

Los francos y los sajones á sueldo de los sublevados se rindieron sin condicion alguna, y Paulo y los demás caudillos de la rebelion fueron hallados á duras penas en las cuevas que habitaron en otro tiempo los tigres y leones destinados á los juegos del circo.»

Tal fue el fin de una sublevacion que tan formidable se presentó en los primeros momentos.



EL REY WAMBA EN EL MONASTERIO DE PAMPLIEGA

Riera Editor, Barcelona, Robador 24 y 26.

CAPITULO XLVIII.

Juicio de Paulo y de sus cómplices.—Perdónales el Rey.—Destruye una armada gótica á otra sarracena que se habia presentado en el Mediterráneo.—Conspiracion de Ervigio.—Abdicacion de Wamba, y su retirada á un convento.

Una vez sometido todo el país sublevado, procedió Wamba al juicio de los culpables, para lo cual constituyóse tribunal en union de sus capitanes y los principales señores, mandando comparecer ante sí á Paulo y sus satélites.

Verificado esto, preguntó el Monarca si tenia de él queja alguna, á lo que respondió Paulo negativamente y asegurando que, por el contrario, habia recibido de él muchos beneficios: leyéronse despues los juramentos de fidelidad prestados á Wamba por cada uno de los rebeldes, y los hechos á Paulo de no dejar las armas hasta arrojar del trono á este, y en vista de todos estos datos y de lo dispuesto en los últimos concilios sobre los traidores al rey y á la patria, dictó el tribunal sentencia de muerte y confiscacion de bienes contra Paulo y veinte y siete de sus compañeros.

Pero si los concilios habian marcado esa pena para semejantes delitos, tambien concedieron á los reyes el derecho de gracia, y Wamba, usando noblemente de él, perdonó la vida á los que en tan grave riesgo pusieran su corona, aunque, por satisfacer la vindicta pública, condenólos á prision perpétua y á cortarles la cabellera, cosa afrentosa entre los godos, y que les imposibilitaba para ejercer ciertos cargos públicos.

Detuvo, aunque solo momentáneamente, al Monarca en las Galias la excursion hecha en ellas por Lupo, gobernador de la Aquitania austrasiana, que al frente de algunos francos recorría los alrededores de Beziers talando y saqueándolo todo.

Marchó contra él Wamba, pero no le encontró, pues conociendo la inferioridad de sus fuerzas habíase retirado ya á sus tierras, donde no creyó conveniente seguirle el godo.

Aun antes de volver este á España, entretúvose algunos dias en reorganizar la administracion de la Septimania, completamente desorganizada por la rebelion de Paulo.

Una vez hecho esto, repasó los Pirineos y dirigióse á Toledo, de donde faltaba ya hacia medio año.

Véase cómo describe Gebhardt el cortejo que le acompañaba al entrar en esta ciudad: «Su entrada fue un verdadero triunfo. Los rebeldes cabalgaban en flacos rocines y vestían trajes oscuros y humildes, iban descalzos, con una cuerda ceñida al cuerpo, y llevaban rapado el cráneo, las cejas y la barba. Paulo se distinguía entre ellos por la corona de cuero negro que llevaba en las sienas, signo irrisorio de la que habia querido usurpar. Venía luego el Rey, rodeado de nobles y caballeros, con limpias armaduras, y así atravesó la ciudad sin cesar ni un punto las aclamaciones de la muchedumbre. Paulo y sus cómplices fueron llevados á la prision que les estaba destinada; entre ellos habia algunos eclesiásticos, como eran, un diácono de Barcelona, los obispos de Livia, de Agde y de Maguelona, el abad Remigio y otro abad de Beziers. Entre los seculares llamaba la atencion Vitimiro por su arrogante continente.»

Una de las primeras determinaciones de Wamba, luego que se halló en la capital, fue publicar la ley titulada: *De his qui ad bellum non vadunt*, por la que se establecia que desde su promulgacion, «Quando que quier que los enemigos se levántaren contra nuestro regno, todo omne de nuestro regno, si quier sea obispo, si quier clérigo, si quier conde, si quier duc, si quier ricombre y si quier infanzon, ó qual que quier omne que sea en la comarca de los enemigos, ó si fuera legado de la frontera acerca de ellos, ó si llegara allí á ellos por aventura dotra tierra, todo que sea acerca de la frontera fasta C. millas de aquel lugar ó se faz la lid, despues que gé lo dixiere el rey ó su omne, ó pues que él lo sabe por sí en qual manera se quier, si mano á mano non fuere presto con todo su poder para defender el regno, é si se quisiere escusar en alguna manera, é non quisiere ayudar á los otros mano á mano por amparar la tierra, si los enemigos ficieren algun dano ó cativaren algun omne de nuestro pueblo, ó de nuestro regno, aquel que non quiso salir contra los enemigos por algun miedo, ó por escusacion, ó por enganno, é no quiso seer presto por amparar la tierra, sea echado fora de la tierra, como mandare el príncipe. Y esta pena mandamos que ayan los obispos é los sacerdotes, é los diáconos é los otros clérigos que non an dignidad... (1).»

Mucho llamó la atencion semejante decreto, sobre todo en momentos tan tranquilos como aquellos: sus causas no son aun bien conocidas, pues mientras unos suponen que lo motivaron los temores sobre el porvenir y la experiencia de las guerras anteriores, otros lo achacan á resentimiento contra el clero y parte de la nobleza; sea de esto lo que quiera, el hecho no por eso es menos notable y digno de atencion.

Para acabar de coronar de gloria á Wamba faltábale alguna victoria marítima, y esta vinieron á proporcionársela los sarracenos, que no satisfechos aun con sus conquistas de Africa intentaron ya, hácia el año 676, invadir la Península con una considerable flota.

Al tener noticia de ello el Monarca salióles al encuentro con otra armada goda, y trabándose el combate, logró echar á pique ó apresar á la mayor parte de las naves enemigas.

Este escarmiento hizo desistir por entonces á los sarracenos de sus tentativas. ¡Ojalá no hubieran insistido jamás en ellas!

(1) *Fuero Juzgo*, lib. IX, l. II, l. 9.

Dos concilios se celebraron en este reinado, aunque algunos suponen haber sido mas, uno en Braga y otro en Toledo, ambos en 675; pero, á diferencia de los anteriores, solo se ocuparon de asuntos de disciplina eclesiástica, reservándonos por lo tanto el dar en su lugar cuenta de ellos.

Una intriga palaciega puso fin al glorioso reinado de Wamba. Ervigio, conde palatino, hijo de Ardobasto, griego de nacion, pero de la sangre real goda, y de una prima de Chindasvinto, ambicionaba la corona que aquel ceñia.

Mantúvose primero tranquilo esperando que, á causa de su privanza con el Monarca, este le confiaria el mando de la expedicion contra los sarracenos, dándole así ocasion para realizar sus planes, pero, como hemos visto, su cálculo salió fallido.

Aconsejábanle algunos de sus adeptos que permaneciera pacífico, esperando á ser elegido cuando Wamba falleciera; pero él, conociendo el poco partido que tenia y el mucho de Teodofredo, hermano de Recesvinto, dispúsose á obrar.

Bien conocia que por la fuerza no le era posible lograr sus designios, y por lo tanto apeló á la astucia.

Aprovechándose de la confianza que el Rey le dispensaba, dióle á beber un brebaje que le hizo caer en un profundo letargo, que llegó á prolongarse hasta el punto de desesperarse de su vida.

Esto era lo que esperaba Ervigio, que, aprovechándose de la general consternacion, le hizo cortar el cabello y amortajar con un hábito de monje, en cuya disposicion se encontró cuando volvió en sí.

La ley declaraba inútiles para reinar á aquellos que perdian la cabellera. Fácil le hubiera sido á Wamba el eludirlo; pero temiendo los trastornos que esto pudiera producir, y anhelando tan solo el bien de su país, abdicó con tan buena voluntad como mala la habia tenido para aceptar el cetro.

Además tuvo la magnanimidad de designar á Ervigio para sucesor suyo, y él retiróse al monasterio de Pampliega, provincia de Burgos, donde pasó el resto de sus dias, desde el año 680 en que tuvo lugar su renuncia.

Algunos historiadores niegan este hecho, suponiéndole una pura ficcion; otros se limitan á ponerla en duda: nosotros, siguiendo á Mariana y Lafuente, no vacilamos en darle crédito al menos en su parte esencial.

Mas dudoso es, á nuestro parecer, si Wamba llegó ó no á tener convencimiento de la traicion de Ervigio, cuestion que nosotros dejaremos intacta, y si luego de retirado á Pampliega vivió siete años ó tan solo uno; nosotros nos inclinamos mas al primer aserto.

De todos modos es casi indudable que habitó mas de un año en dicho punto, y que en él fueron depositados sus restos cuando falleció, permaneciendo allí hasta que Alfonso el Sábio los hizo trasladar á la iglesia de Santa Leocadia, en Toledo.

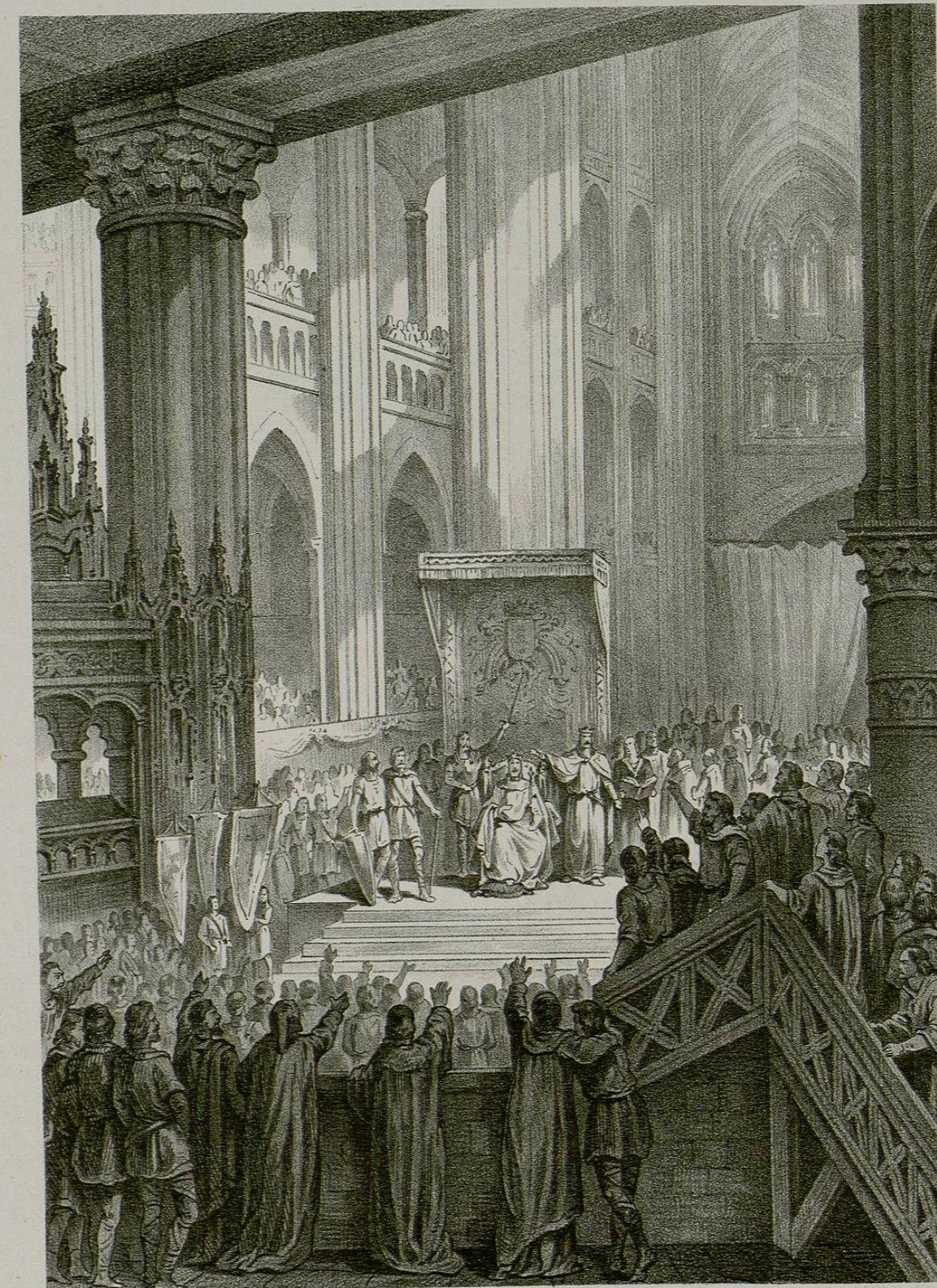
La sublevacion de Paulo en la Septimania inspiró á san Julian, arzobispo de Toledo, una *Declamacion contra los sublevados de la Galia*, de la cual entresacamos por lo curioso los siguientes párrafos:

«Los vencedores bien podemos, ó Galia, burlarnos de tus errores, que te han traído á tan mísero estado. ¿Dónde está aquella libertad tuya de que tanto te envanecias antes de poseerla? ¿Dónde las despreciativas voces con que tratabas á los españoles por mas débiles que tus mujeres? ¿Dónde aquellos gestos y ademanes, y aquella elevada cerviz con que rehusabas nuestra compañía? ¿Dónde aquel orgullo con que ponderabas tus fuerzas y riquezas? ¿Dónde las inútiles advertencias y consejos de tus jefes y capitanes?...

«No era suficiente haber criado á tus pechos tantos hijos malditos, sino que faltaba añadir á tus iniquidades, la de, temiendo rey, nombrar otro para tí arteramente, no con orden; con fraudes, no legítimamente. ¿Qué mujer se ha hallado en cualquier tiempo que teniendo marido se entregase á otro, sin prever los peligros del honor y de la vida? Tú sola olvidas el peligro, y no temiendo faltar á tus deberes, compras por soborno el cetro para tu rey...»

«¿Di, pues, quién de tus hijos cumplió lo prometido, quién de los tuyos sucumbió conservando la fidelidad, quién de los tuyos se ofreció al sacrificio en favor de la verdad, quién deseó perecer por su ley? Ninguno de ellos hubo para quien fuese de mas valor que la suya propia la vida del ungido del Señor; por el contrario, probaste ser infiel en las promesas, fácil en los perjurios, y procurando acrecentar el fuego de la infidelidad, no solo con palabras, sino tambien con obras, en lugar de aislarlo y extinguirlo. Tal es el carácter de tus costumbres, que no herirás al enemigo y matarás á tu conciudadano, y mejor perseguirás á este que derrotarás en la guerra á aquel, ensañándote con los hombres que sean tus compañeros mas bien que con los adversarios. Y como no empleas las armas sino el dolo y el fraude, son mas de temer que aquellas tus venenos; mil veces mayor número de gentes mataste con la hiel que con el hierro...»

«Si desprecias mis denuestos y consejos siguiendo tu costumbre, te diré por final lo que dijo aquel sábio que disputaba con la muerte: *Ya que no vierdes lágrimas ni te enrojece, sean para tí espadas mis palabras. Tu remordimiento te condene, y vénzate en los infernos el mismo que te venció en el mundo por medio de la cruz.*»



Serra dib. y lit.

Casals imp.

ABDICACION DE ERVIGIO.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.